

Senderos de esperanza

Acerca de la mediación de la Iglesia Católica en Cuba

El DOSSIER constituye un espacio de la revista que pretende ofrecer, en cada número, un conjunto de reflexiones acerca de alguna temática relevante.

En este número exponen sus opiniones los investigadores cubanos, de la Isla y de la diáspora, Lenier González, Yolanda Prieto, Armando Chaguaceda, Aurelio Alonso, Roberto Veiga y Arturo López-Levy.

- ¿Qué características inherentes a la Iglesia Católica en Cuba la capacitan para desempeñarse como interlocutora en la solución de problemas nacionales?

- **Lenier González:** Los elementos que capacitan a la Iglesia Católica para desempeñarse como interlocutora en la solución de problemas nacionales son diversos. En primer lugar, debemos considerar la antropología implícita en su quehacer y misión, que le otorga a la Iglesia Católica un lugar peculiar como sistema religioso. Sumado a ello debemos ponderar su peso como realidad institucional en la sociedad civil insular y, por ende, el sistema de relaciones que posee con el sistema político. Esas relaciones con el poder revolucionario han atravesado etapas complejas, pero desde hace un tiempo ambas instancias han mostrado flexibilidad para negociar agendas institucionales. Estas realidades, por fuerza mayor, desatan -al menos- una posibilidad de poder servir en la solución de los desafíos actuales de la nación cubana.

La Iglesia es uno de los actores de la sociedad civil con mayor peso en el país. Hablamos de una realidad institucional presente a todo lo largo y ancho de la geografía nacional desde la llegada misma de los conquistadores españoles y hasta el presente; no se trata de un ente aislado, sino de una comunidad humana unida a una estructura institucional de alcance global. A ello se suma el hecho de tener una base social, que emana de su vínculo con un número significativo de cubanos, dentro y fuera de nuestras fronteras geográficas. Si bien el número de personas que asisten regularmente a misa cada domingo en Cuba no desborda el 1 por ciento de la población total de la Isla, no es menos cierto que en torno a la Iglesia orbita un número significativo de personas, asociadas a una religiosidad más popular y sincrética. Para un sector nada despreciable de personas, es la Iglesia Católica quien custodia los iconos de la religiosidad popular, y por tanto, a través de ella cientos de miles de cubanos experimentan su vínculo con lo sagrado. A ello habría que agregar la percepción popular extendida en el país que ve a la Iglesia Católica como un "reservorio de valores tradicionales". Además, la Iglesia goza de credibilidad en el país y a nivel internacional, condición esta que nace de su compromiso con los destinos

de Cuba y por el hecho de haber mantenido distancia de centros de poder dentro y fuera del país, específicamente el gobierno cubano, la oposición interna, sectores del exilio y el gobierno norteamericano.

Ningún otro actor de la sociedad civil ha reflexionado, con tanta extensión y a lo largo de tanto tiempo, sobre cómo lograr modificar la realidad cubana. Esto con el consecuente costo de tensión para las relaciones Iglesia-Estado. Otro rasgo importante de la Iglesia Católica en Cuba, que ha constituido una fortaleza incuestionable en el pasado y podría traducirse en un instrumento poderoso en el presente, es su unidad. Aunque sabemos que existe una pluralidad de visiones sobre los más diversos temas en el seno del episcopado, el clero y el laicado, no es menos cierto que cuando las circunstancias lo exigen, internamente se consensuan con facilidad metas comunes y con gran cohesión se trabaja para poder alcanzarlas.

Por tanto, la Iglesia Católica en Cuba cuenta con potencialidades que avalan la posibilidad de desempeñarse como facilitadora de asuntos nacionales: un mensaje de amor inclusivo y una antropología que coloca al ser humano en el centro mismo del Cosmos; una presencia institucional de peso en el entramado de la sociedad civil cubana; suficiente cohesión institucional para asumir empresas de alcance nacional; y un compromiso probado con los destinos de la nación.

- **Yolanda Prieto:** Hay varias características que capacitan a la Iglesia Católica en Cuba para ser interlocutora en la solución de problemas nacionales hoy en día. Primero, la posición de la Iglesia en Cuba es de diálogo y reconciliación entre todos los cubanos. Esta posición se basa primordialmente en su misión pastoral, que se ampara en el Evangelio. La Iglesia en Cuba trata de ayudar a resolver conflictos, no de enardecerlos. Esta actitud se sustenta del primer mandato de Jesucristo que es el amor. Y del amor, viene el perdón.

Si bien es cierto que la Iglesia Católica en Cuba, como institución, no tenía el arraigo popular que tenían otras iglesias latinoamericanas, y que su base antes de 1959 era mayormente blanca, urbana, y de clase media, los cubanos, aún en áreas remotas del país, bautizaban a sus hijos y tenían



Lenier González

gran devoción por María, especialmente en su manifestación nacional, La Virgen de la Caridad del Cobre. Cuando triunfa la Revolución de 1959 se desatan conflictos entre la Iglesia y el gobierno revolucionario. Aunque este tema lo abordaré más adelante.

En esta época también comenzó la emigración masiva de miles de católicos. La Iglesia Católica en Cuba entonces enfrentó los momentos más difíciles de su historia. Con muy pocos fieles, la Iglesia sólo subsistía, no crecía. A medida que ha ido pasando el tiempo, y que se han ido aminorando las tensiones entre Iglesia y Gobierno, ser católico no es tan mal visto. Es decir, hay muchos más fieles y por ende más arraigo de la Iglesia en el pueblo. Aunque no haya una práctica extensa, hay una creciente religiosidad católica popular. Ejemplos de este profundo arraigo son las multitudes que recibieron al papa Juan Pablo II en su visita a Cuba en 1998, y las multitudes que salen a recibir a la Virgen Mambisa desde que saliera de su hogar en Oriente en agosto de 2010, en el marco de en las actividades preparatorias del 400 aniversario de su hallazgo, que se celebrará en el año 2012. Los obispos cubanos han convocado a creyentes y no creyentes del país a participar en las festividades de 2012, ya que la Virgen es símbolo de unidad entre los cubanos.

El título de la X Semana Social Católica celebrada en La Habana en junio de 2010 recoge el sentir de la Iglesia en Cuba hoy. *Testigos de la esperanza y promotores de paz* supone que lo que prima en el quehacer de la Iglesia en la sociedad cubana de hoy es lograr el diálogo y la reconciliación entre todos los cubanos. En este evento se reunieron obispos, católicos laicos, intelectuales de disímiles criterios, pero en un ambiente de respeto y buena voluntad.

Todas estas características inherentes a la Iglesia Católica en Cuba la capacitan para desempeñarse como interlocutora en la solución de problemas nacionales.

- **Armando Chaguaceda:** Un acumulado centenario de vocación (y capacidad) de incidencia social, una feligresía que abarca varios centenares de miles de personas, una red de entidades que reúne templos, centros de asistencia social y capacitación cívico religiosa, medios de prensa impresos y

electrónicos. Todo ello dentro de un ordenamiento jerárquico, coherente y disciplinado, rectorado por la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, que estructura desde lo nacional a lo local y le garantiza a la Iglesia cierta experiencia y homologación para dialogar con el Estado cubano, cuyo ordenamiento es también centralizado y vertical. Y no pueden olvidarse los nexos de la Iglesia criolla con la Santa Sede y sus múltiples canales de influencia a nivel internacional.

- **Aurelio Alonso:** No podría referirme a la Iglesia Católica en Cuba pasando por alto su historia en el siglo reciente. La institucionalidad eclesial, debilitada por el sobredimensionamiento extemporáneo de su respaldo al dominio colonial español en el siglo XIX, tuvo que vivir un proceso de adaptación a una república nacida de una independencia frustrada, bajo la estrecha tutela del Estado vecino, que se había hecho poderoso y expansivo, y buscaba espacio para sus dinámicas de dominación imperial. En un ámbito sociopolítico que amenazaba con no favorecerla, frente al acceso protegido, además, de las misiones protestantes, supo encontrar, sin embargo, los mecanismos para acoplar con vigor su presencia en aquella realidad: una república liberal, laica, e irreverente en el plano de la espiritualidad cristiana. El catolicismo volvió a ser entonces en Cuba, con resortes y asideros institucionales de otro perfil, la religión más influyente.

Esta articulación exitosa fue radicalmente sacudida por la radicalidad del cambio revolucionario en los años inmediatos a la victoria de 1959. La conexión problemática con el nuevo proyecto social que cobraba forma hizo que el escenario conflictual de la primera mitad de los 60 pareciera insuperable. No pretendo hacer historia, pero si no parto de esta constatación no podría responder con rigor a la pregunta, que comienza por aludir a “características inherentes”. Tal vez pensando en la pregunta al formularla, en el incuestionable caudal de los valores cristianos que, sin duda, “capacitan” a la Iglesia como “interlocutora”. Aunque yo, a riesgo de defraudar, prefiero detener la mirada en otra de sus virtudes: las capacidades y la energía para restablecer, como institución, la legitimidad de su lugar en la sociedad, por adversas que se muestren las circunstancias coyunturales de las que debe partir. Lo otro me dejaría un tanto fuera de lo histórico.

En resumen, que considero que en esa capacidad demostrada de recuperación de la Iglesia en el seno de la sociedad cubana, terreno de su corporeidad estructural, habría que buscar la explicación al hecho de que las esferas políticas encuentren en ella el agente mediador idóneo para concesiones realizables, pero difíciles (muy difíciles) de asumir de manera directa. Claro que para llegar a esto Estado e Iglesia tenían que recorrer antes un camino.

- **Roberto Veiga:** En nuestro país se hace imprescindible una nueva rearticulación del consenso nacional, pero esto constituye una empresa difícil. Para lograrlo no basta la disposición de las más altas instancias del Estado, ni siquiera la voluntad de todo el entramado de autoridades que integran el

gobierno (si es que esto fuera posible), aunque eso sería una piedra fundamental capaz de facilitar y garantizar tal proceso. Conseguir dicho propósito demanda esencialmente de una red de asociaciones civiles activas y dispuestas a gestionar ese nuevo consenso general. Sin embargo –dada nuestras circunstancias–, ello requiere de un camino previo.

La actual sociedad civil cubana, según las características que la definen, no es lo suficientemente vital como para desempeñar desde ya un papel protagónico en la configuración de esa rearticulación del consenso nacional. Las organizaciones establecidas han debilitado su naturaleza institucional, y otras que se pueden considerar emergentes aún no cuentan con la organización y la fisonomía que demandan para gozar de una presencia amplia y efectiva.

En medio de este contexto, la Iglesia Católica reúne un conjunto de particularidades que la distinguen y le facilitan desempeñar una gestión efectiva en la búsqueda de la armonía necesaria para hacer posible la promoción de esa sociedad sabia y pujante, así como el logro del suficiente consenso nacional. Por supuesto que esto debe hacerlo desde su naturaleza institucional y sin intentar sustituir a dicha sociedad. Todo lo contrario, creando el espíritu para que cada día exista más y se encamine fraternalmente hacia el reto de actualizar el consenso comunitario.

Entre esas peculiaridades de la Iglesia se encuentran: una propuesta social universal y magnánima, inclusiva y reconciliadora, así como cierta experiencia en ofrecerla. También posee otro conjunto de condiciones llamadas a sostener esta gestión, entre las cuales encontramos: una presencia institucional de más de cinco siglos a todo lo largo y ancho de nuestra Isla; cierto peso en la configuración de la cultura cubana; determinada neutralidad que le impone la naturaleza de su misión; redes asociativas que abarcan todo el país; un discurso articulado sobre la persona humana, la nación y el cosmos; y una libertad que jamás había disfrutado en toda su historia, porque no posee vínculos estructurales con ningún centro de poder, ya sea dentro o fuera de Cuba. Claro que exceptuamos la relación natural con la Santa Sede Apostólica.

- **Arturo López-Levy:** La Iglesia Católica es una minoría dentro de la sociedad civil cubana, pero una minoría muy significativa. Tiene presencia en todo el territorio nacional y en cualquier lugar donde existe o ha existido una comunidad de cubanos desde los orígenes de la nación. Se discrepe o coincida con sus posiciones, es indiscutible que la Iglesia siempre ha sido un actor relevante en el acontecer nacional.

Según diferentes estimados, entre 100 mil y 125 mil cubanos son regulares asistentes a los templos católicos en la Isla al menos una vez por semana. La Iglesia Católica tiene también una vasta red educacional, de atención y recreación de los jóvenes, de divulgación cultural y de asistencia social humanitaria (con un dedicado trabajo con ancianos, mujeres, personas discapacitadas y grupos de posición económica más desfavorable). Según Sergio Lázaro Cabarrouty, coordinador en Cuba de la Red de la Iglesia Latinoamericana, sus publicaciones llegan a un estimado de medio millón de cubanos

(católicos y no católicos) cada mes.

Pero el impacto social de la Iglesia llega mucho más lejos. Un rasgo importante de la Iglesia es su condición de actor nacional independiente. El proceso de cubanización de la Iglesia Católica en Cuba se ha consolidado después de 1959 a través de su acompañar a los cubanos que permanecieron en la isla en sus triunfos, luchas y dificultades. La Iglesia Católica a través de sus múltiples declaraciones y acciones ha promovido la reconciliación entre cubanos y los derechos humanos desde su doctrina social, sin aceptar intervenciones foráneas, incompatibles con la cultura política nacionalista del país.

La Iglesia es una fuerza centrípeta, que persuade, llama y motiva a los cubanos, dondequiera que estén, a identificarse y ser miembros de una comunidad (Casa Cuba), de historia, responsabilidad mutua y destino común. Frente a complejas tendencias que polarizan la sociedad cubana en identidades políticas encontradas, o la fragmentan en categorías sociales de edad, raza, género, y lugar de residencia (al interior y exterior del país); la Iglesia propone un ideal de una Cuba martiana: un país, donde todos esos cubanos diferentes tengan un espacio patriótico, independiente y democrático, con derechos y deberes ciudadanos.

Alguien diría que la Casa Cuba reivindicada por la Iglesia es “solo” un ideal, pero como demostró Benedict Anderson, la existencia de las naciones no puede separarse del ideal que las “imagina”. Cuba fue imaginada por su apóstol José Martí como una república democrática, independiente, y con un Estado promotor de equidad y justicia social bajo la fórmula: “Con todos y para el bien de todos”. Nuestra nación es lo que es porque ese ideal nacionalista, necesitado siempre de ajustes generacionales, nos impulsó y nos impulsa. La Iglesia en Cuba disfruta del beneficio de que su doctrina social concuerda con ese proyecto, en el que la soberanía nacional es el espacio óptimo para la realización de los derechos humanos.

- ¿Qué consideraciones puede haber tenido en cuenta el gobierno cubano para aceptar que la Iglesia desempeñase esa función mediadora?

- **Lenier González:** Creo que las consideraciones hechas por el gobierno cubano debemos verlas en dos planos: un plano coyuntural, enfocado a la solución puntual de una situación adversa a sus intereses; y otro plano más general y políticamente ambicioso –que trasciende esta coyuntura– y que parece estar relacionado con la voluntad gubernamental de implicar a la Iglesia Católica en la rearticulación del consenso interno en el país.

Entre las múltiples problemáticas que recibió el presidente Raúl Castro de la administración anterior, se encontraba el delicado asunto de los presos de la primavera de 2003. Producto de aquel acontecimiento había surgido el movimiento de las Damas de Blanco (a las que se ha-

bían unido luego las llamadas Damas de Compañía). En los últimos tiempos había cobrado fuerza una cadena de huelgas de hambre donde se abogaba por la libertad de los referidos presos y tuvieron lugar desagradables actos de repudio contra las Damas de Blanco y sus acompañantes. Pienso que desde un principio el gobierno de Raúl Castro tenía claro en su agenda la necesidad de despejar definitivamente lo que a todas luces era un problema político que tendía a tensionar el escenario nacional. Si bien es cierto que estas realidades no desestabilizaban en lo más mínimo el orden interno del país y mucho menos ponían en peligro la integridad del gobierno cubano, sí constituían un serio obstáculo para la reinserción de Cuba a nivel internacional. La Unión Europea y Estados Unidos “exigían” al gobierno cubano el cese inmediato de los actos de repudio y la libertad de los presos. Todo ello con un gran despliegue mediático internacional.

Al propiciar que la Iglesia participara en la solución de ese conflicto, el gobierno cubano daba un paso político trascendental. Cedía al reclamo de libertad para los presos y al cese de los actos de repudio, pero no a instancias de la Unión Europea o Estados Unidos, sino a petición de un “actor nacional”. Este reconocimiento a la Iglesia Católica cubana como un interlocutor legítimo de la sociedad civil, constituye uno de los hechos políticos más significativos de la era revolucionaria. Y es así, porque en el imaginario de un sector importante de la clase política cubana, la Iglesia Católica es, en la práctica, el partido de oposición que no existe en Cuba. Es por ello que podemos afirmar que, si en la esfera económica los pasos más audaces dados por el gobierno de Raúl Castro han sido el reparto de las tierras, el ajuste de las plantillas laborales en el sector estatal y la decisión de relanzar la pequeña empresa privada; en el plano político, el haber reconocido públicamente la legitimidad de la Iglesia Católica para opinar y gestionar sobre asuntos nacionales, tiene la primacía absoluta.

Tras esta decisión gubernamental podrían estar gravitando varios años de diálogo –intenso, pero silencioso–, sobre temas diversos de la realidad nacional. Resulta evidente que en esos coloquios las partes se han ido conociendo mutuamente y el componente de tensión ha ido disminuyendo gradualmente. Ese diálogo ha permitido una readecuación de la presencia pública de la Iglesia en el país, que nace de un quehacer donde Iglesia y Gobierno han logrado transferir antiguas áreas de conflicto hacia áreas de cooperación. Otro elemento que podría haber influido en la decisión del gobierno cubano es la visión eclesial –al parecer altamente consensuada en el seno del Episcopado nacional– sobre la desaprobación de toda política de presión y bloqueo contra el país, que en la práctica tiende a reforzar la mentalidad de plaza sitiada, castra toda posibilidad de cambios internos y repercute negativamente sobre la vida cotidiana de la ciudadanía.

Merece la pena destacarse el hecho de que la Iglesia Católica ha auspiciado y participado activamente –mano a mano con la intelectualidad y con otros actores de la sociedad civil– en el intenso debate interno sobre los destinos de la nación. Una lectura atenta al debate en curso hace evidente

el deseo generalizado de democratización del país, pero sin desechar la participación del gobierno cubano como un actor importante en ese proceso. Sé que emito un juicio polémico, pero parece existir cierto consenso en la necesidad de que “los cambios” se produzcan mediante un proceso gradual de ajuste y reestructuración, desde la institucionalidad existente, que permita preservar la estabilidad del país y los logros en materia de derechos sociales, muy valorados por la población. Un elemento interesante –y que vale la pena atender en el futuro–, es la manera antagónica de concebir “el cambio” entre importantes sectores del exilio y la oposición interna (de un lado) y la Iglesia Católica, la intelectualidad y otros actores de la sociedad civil cubana (de otro). Este elemento –estrechamente conectado al debate entorno a la legitimidad del gobierno cubano– seguirá siendo un elemento importante de tensión dentro del espectro político nacional. De hecho, las reacciones generadas a partir de la gestión asumida por la Iglesia han estado atravesadas por este nudo gordiano.

La Iglesia Católica forma parte del conjunto de “fuerzas internas” que comparten una visión gradualista y nacionalista para la solución de la actual crisis nacional, donde la realidad misma indica que el gobierno cubano será un actor clave ahora y en el futuro. Esta realidad potencia un escenario donde se aviva la posibilidad de “auto-reconocimiento” entre Iglesia y Gobierno. El desafío imperioso del presidente Raúl Castro de rearticular el consenso interno en el país parece que pasará en el futuro por la mesa de diálogo con los obispos cubanos. El Gobierno debe aceptar que vivimos en una sociedad política y culturalmente plural, y debe entender que



Yolanda Prieto

el futuro del proyecto político revolucionario pasa, en la hora actual, por la capacidad de concertación que logre desplegar con otros actores nacionales establecidos y emergentes. Una sociedad civil débil y una oposición fragmentada y enajenada del debate nacional en curso, convierten a la Iglesia Católica en un actor a tener en cuenta.

- **Yolanda Prieto:** La Iglesia Católica en Cuba es la mayor institución independiente fuera de las instituciones gubernamentales. Como tal, goza de autoridad moral en una parte significativa de la población. Después de superadas muchas de las tensiones del pasado, el Gobierno ha mostrado un creciente respeto por la Iglesia, entre otras cosas, por la labor social que ésta lleva a cabo. Recordemos que la Iglesia atiende a sectores vulnerables de la población ofreciendo comida, medicinas, cuidado de enfermos. La visión de la Iglesia de trabajar por la reconciliación nacional puede interesar al Gobierno. Una Iglesia que busca el diálogo es más afín a los objetivos de unidad nacional del Gobierno que una Iglesia cuya agenda no esté insertada en los intereses nacionales. No quiere esto decir que la Iglesia pase por alto las acciones del Gobierno que considera injustas. Al contrario, aunque llama al diálogo, expresa con franqueza y claridad lo que ve mal. Por ejemplo, el mismo hecho de mediar en la situación de las Damas de Blanco, la liberación de los presos políticos y otros asuntos, pone de relieve la importancia que la Iglesia le da al respeto de los derechos humanos de grupos que sufren en la Isla. Hay hechos en la historia reciente de la Iglesia que demuestran críticas fuertes al Gobierno y un llamado al cambio. Sólo hay que recordar la controversial Carta de los Obispos *El amor todo lo espera* de 1993, justo en medio de la crisis de los balseros, en la que la Iglesia propuso un diálogo urgente entre todos los cubanos –incluyendo a la diáspora– en busca de soluciones al problema nacional. El Gobierno expresó su insatisfacción con la Carta Pastoral y argumentó que creaba divisiones al favorecer la influencia estadounidense en los asuntos nacionales. Este período produjo renovadas tensiones entre la Iglesia y el Estado, pero la voz creciente de la Iglesia en la sociedad cubana y la postura menos dura del Gobierno hacia la institución convergieron para hacer posible la continua mejoría en las relaciones.

Aceptar la mediación de la Iglesia y traerla a la mesa de negociaciones puede ser visto, por parte del Gobierno, como una forma de limar asperezas, de lograr más unidad en el país, de reconocer y dar legitimidad a la labor de la Iglesia en Cuba. Al fin y al cabo, la Iglesia tiene hoy más influencia en una parte de la población y ha contribuido a moldear a gran parte de la sociedad civil cubana. Por otra parte, y aunque esto haya desatado las críticas de algunos, dentro y fuera de Cuba, la Iglesia también ha ganado más espacio en la sociedad cubana al ser aceptada por el Gobierno como interlocutora, especialmente por los que se han beneficiado de los acuerdos.

- **Armando Chaguaceda:** Primeramente, la certeza de hallar en la Iglesia un actor con interés y recursos para des-polarizar una situación que se iba peligrosamente de control,

en medio de una escalada de funestas consecuencias para todos los involucrados: opositores, autoridades y sociedad. La presión internacional gravitaba sobre los renovados esfuerzos de reinserción de la Isla en las relaciones hemisféricas y amenazaba las gestiones desarrolladas por España para el cese de la llamada Posición Común de la Unión Europea hacia Cuba. Además, el insistir en un tratamiento tradicional a las causas del conflicto (con descalificaciones oficiales a los móviles y la dignidad personal del difunto Orlando Zapata y la organización de los llamados “actos de repudio” a las Damas de Blanco) no ofrecían muchas posibilidades de defender, moralmente, la posición de las autoridades cubanas y podía enajenar la solidaridad de viejos amigos de la izquierda internacional. Se trataba de “bajar fuego al caldero” sin aceptar la injerencia de gobiernos extranjeros (en primer lugar de Estados Unidos) y hacerlo entre cubanos, si bien de forma selectiva e institucional. También se contestaba a las campañas mediáticas globales, garantizando la salud quebrantada de personas cuyas condenas –en un juicio compartido por destacados intelectuales y artistas cubanos– se revelaban excesivas tanto por su severidad y duración como por su correspondencia con las causas que las motivaron.

- **Aurelio Alonso:** Precisamente la dinámica positiva de comprensión que ha prevalecido en las dos últimas décadas, en las que han arribado, Gobierno e Iglesia a reconocerse como componentes orgánicos de un mismo andamiaje social. Sin que para ello haya sido necesario hacer renunciaciones, es decir, preservando identidades esenciales. No se trata de un *quid pro quo*, ninguna de las partes está renunciando a nada a cambio de algo, sino que se involucran ambas desde su lugar y proyecto social propio en procurar la solución concertada de conflictos que aquejan a la sociedad como un todo.

- **Roberto Veiga:** La realidad actual del país demanda de un despliegue intenso de gestiones capaz de sacarlo de la crisis en que se encuentra. La sociedad cubana padece de un serio deterioro espiritual, cívico, ciudadano y económico, entre otros. Concorre en todos los sectores de la nación un sentimiento muy generalizado acerca de la necesidad de revertir, con mucha urgencia, esas particularidades adversas. Todo parece indicar que sobre este delicado asunto también existe una buena dosis de sensibilidad por parte de la más alta dirección del Estado y del Gobierno, así como de un conjunto significativo de colaboradores suyos. Todo esto, por supuesto, puede haber estimulado a que las autoridades hayan decidido implicar a otros actores para buscar ayuda.

Pueden haber mirado a la Iglesia como a una institución con las suficientes condiciones para desempeñar esta gestión. Esto queda mucho más justificado si tenemos en cuenta que esa es una labor propia de su naturaleza institucional y que ella, por medio de una entrevista del cardenal Jaime Ortega concedida a la revista *Palabra Nueva*, se ofreció para realizarla.

La Iglesia Católica en Cuba disfruta de las peculiaridades positivas que expuse en la respuesta anterior. Es además,

portadora de todo un universo de valores que demanda nuestra sociedad, en especial los jóvenes. También ha cultivado una manera sabia de relacionarse con el Gobierno, siendo intérprete de las mejores expectativas del pueblo, y haciéndolo desde la honestidad, la transparencia y una integridad absoluta, siempre abriendo caminos de comprensión y diálogo, y evitando aumentar las tensiones y exacerbar los ánimos.

Tengo conciencia de la complejidad de este posible camino hacia la rearticulación del consenso nacional, si es que realmente consigue fortalecerse. En tal sentido, comprendo que los cambios necesarios para lograrlo y los que demanden los nuevos consensos, deben transitar con la gradualidad necesaria. Igualmente advierto todas las circunstancias peculiares que pueden frenarlos. Sin embargo, también debo alertar que dicha gradualidad no ha de traducirse en una lentitud estéril, porque muchas vidas se malgastan a causa de la crisis que sufrimos. Además, el tiempo del actual Presidente –llamado a cumplir este desempeño histórico– se consume aceleradamente. Si él llegara a faltar, sin haberse avanzado considerablemente en este proceso, el país podría desembocar en una especie de caos y no parecen estar suficientemente cohesionadas las fuerzas capaces de enfrentar esa situación difícil.

- **Arturo López-Levy:** Las autoridades políticas cubanas no han regalado a la Iglesia Católica ningún espacio



Armando Chaguaceda

que ésta no merezca. Es lógico y patriótico que el Gobierno dialogue de modo habitual con las diferentes instituciones de la sociedad civil cubana para la realización progresiva de los derechos humanos en el país.

Por otra parte, la premisa, de que el Gobierno “aceptó”- para usar los términos de la pregunta- que la Iglesia desempeñase la función “mediadora”, me parece incorrecta. El Gobierno, por decisión propia, llamó a la Iglesia a dialogar sobre múltiples temas de la situación cubana actual y facilitar un ajuste de sus políticas hacia los presos de la primavera de 2003 y sus familiares agrupados en las Damas de Blanco.

La liberación de esos presos sirve y conviene al Gobierno en un contexto nacional e internacional diferente a aquel en que las detenciones de la primavera de 2003 ocurrieron. Cuba no tiene hoy una crisis de gobernabilidad ni la oposición dispersa tiene capacidad de convocatoria para poner en peligro el sistema unipartidista del PCC, pero el modelo de “socialismo real” que parcialmente sigue vigente, no satisface las mínimas expectativas de la población cubana. El Gobierno precisa emprender reformas económicas y políticas urgentes y difíciles, para las cuales el diálogo con la Iglesia provee un ambiente estabilizador y un foro de intercambio de ideas patriótico, conveniente y necesario.

En Madrid y Washington gobiernan, respectivamente, José Rodríguez Zapatero y Barack Obama, con actitudes más abiertas y constructivas hacia el Gobierno y la sociedad cubana, que los sonambulismos intervencionistas de José María Aznar y George W. Bush. El ex subsecretario de Estado para América Latina de este último, Roger Noriega, ha confesado que con respecto a Cuba, “miembros de [su] equipo dijeron que si uno desea cambiar profundamente un régimen, la estabilidad es la enemiga y el caos es el amigo... Evidentemente el caos era necesario a fin de cambiar la realidad”. Como los líderes religiosos cubanos ni comulgan ni promueven el “caos” en su patria, la administración Bush intentó castigarlos (un ejemplo fue la acción contra el cardenal Jaime Ortega en el aeropuerto de Miami en febrero de 2005). Hoy la situación en Madrid y Washington ofrece menos escollos y más oportunidades a posiciones dialogantes entre el gobierno cubano y la Iglesia Católica y a la liberación de presos, que al margen de las circunstancias aquellas, fueron juzgados y condenados en menos de una semana, con estándares dudosos de justicia e imparcialidad.

Los llamados, respetuosos pero firmes, del cardenal Ortega y los Obispos al presidente Raúl Castro y a las diferentes fuerzas políticas nacionales e internacionales a bajar la tensión creada por la muerte en prisión de Orlando Zapata, tras meses de huelga de hambre, y por los mítines de repudio contra las Damas de Blanco, elevaron el prestigio y la credibilidad de la institución para mediar entre las diferentes partes en conflicto. No sólo el Gobierno, sino las Damas de Blanco, defendieron la intercesión del cardenal Ortega a favor de lo que ha sido su principal meta: la liberación de sus familiares.

La Iglesia Católica, siendo un actor nacional, goza también de una privilegiada relación con los gobiernos y pueblos de América Latina, Estados Unidos y Europa. Ese

rasgo se entrelaza con la postura de respeto por las normas de derecho internacional de los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ambos pontífices y la diplomacia vaticana han procurado el progreso de los derechos humanos en Cuba, pero evitando los tratamientos selectivos, ilegales, inmorales y contraproducentes que han sido característicos de la política hacia Cuba de Washington y en ocasiones de algunos países europeos.

- ¿Qué caminos han desandado las relaciones entre la Iglesia, el Gobierno y la sociedad cubana para hacer posible el actual escenario?

- **Lenier González:** Como he adelantado en mi respuesta anterior, las relaciones entre la Iglesia Católica y el Gobierno cubano pasan en este momento por una etapa de interacción fluida. Con ello no quiero decir que no existan tensiones, desacuerdos y, en ocasiones, francas contradicciones sobre algunos tópicos. No olvidemos que se trata de entidades que codifican de manera diferente asuntos tan vitales como **lo que el ser humano es** y la manera en que debe organizarse la sociedad, por solo mencionar dos asuntos, pues podrían ser otros. Creo que si algo ha caracterizado, desde hace unos años, la relación Iglesia- Gobierno, ha sido la voluntad de solventar las diferencias sobre la mesa de diálogo. Y por lo visto, el clima creado por esos diálogos ha posibilitado la apertura de otros escenarios más ambiciosos en el país. El actual proceso de facilitación que desempeña la Iglesia ha sido fruto de esa manera de encauzar las relaciones. Y esta realidad, en nuestro contexto, alcanza una relevancia significativa.

Para poder valorar en toda su magnitud histórica la actual gestión que desempeña la Iglesia cubana (que ha implicado el reconocimiento público de la Iglesia Católica como actor nacional por parte del Gobierno), no debemos olvidar, ni por un instante, la ruta tormentosa y zigzagueante que han seguido esas relaciones. Si un sector nacional se planteó en el pasado el desmantelamiento radical de eso que conocemos como Revolución cubana, ese fue el laicado católico. De sus filas emergieron los cuadros más preparados que dirigieron la oposición al Gobierno revolucionario entre los años 1960 y 1965. La grieta abierta por el enfrentamiento inicial se ahondó, aun más, por la importación del modelo soviético, y la implementación de un rígido patrón de discriminación hacia los creyentes. La Reflexión Eclesial Cubana (REC) y el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC-1986) marcaron dos hitos importantes -no solo por el ejemplar espíritu participativo que primó en ambos procesos- sino por la capacidad de reconciliación que mostró la Iglesia cubana para con el contexto sociopolítico donde se encontraba insertada. La Reforma Constitucional de 1992 liquidó el ateísmo estructural y abrió en el país un horizonte político inédito tanto para la Iglesia como para el Gobierno: aprender a convivir en los marcos constitucionales de un Estado laico.

Esta nueva etapa tampoco estuvo exenta de recelos mutuos. Para algunos miembros de la clase política cubana la

Iglesia Católica representaba una especie de “otro Partido”, (“el corazón de la contrarrevolución”), pues en la práctica era la única entidad estructurada a nivel nacional con un discurso unitario sobre el ser humano y un posicionamiento crítico ante el Gobierno cubano. Por mucho tiempo la Iglesia fue el único espacio de disenso tolerado dentro de nuestras fronteras geográficas, y en los años 90 logró articular una red de publicaciones que funcionaba, en la práctica, casi como un sistema de comunicación alternativo al estatal. Si bien el enfrentamiento ya no era frontal, ahora cobraba visos de competencia silenciosa. Aun recordamos -en plena década de los 90- cómo las direcciones municipales de Cultura y el INDER organizaban sus actividades “casualmente” a la misma hora que en la parroquia del pueblo se oficiaba la misa o se daba la catequesis para niños. O vimos cómo a la iniciativa de los comedores eclesiales para ancianos, abiertos durante el Período Especial, se respondió con la creación de una estructura paralela estatal, también con alcance nacional. Como han afirmado con certeza el cardenal Jaime Ortega y el sociólogo Aurelio Alonso: en Cuba, desde hace 50 años, Iglesia y Gobierno han competido con ahínco para lograr conquistar el corazón del ser humano, y también para tener una presencia en el espacio público.

El punto de giro en esta especie de “Guerra Fría” interna entre fuerzas aparentemente en pugna, lo constituyó la visita del Santo Padre Juan Pablo II. La organización de la visita constituyó un laboratorio que puso a prueba la flexibilidad y la capacidad de concertación de ambas partes. Por vez primera, desde el triunfo de la Revolución, el diálogo entre la Iglesia y el Gobierno desbordaba a la Oficina de Asuntos Religiosos del Comité Central del Partido Comunista y a la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, para desarrollarse en la base misma, entre funcionarios locales y sacerdotes y laicos que debían velar por la organización del transporte y otros detalles, todos con la voluntad común de que la visita fuese un éxito. Con posterioridad a la visita del Papa, la rearticulación de la presencia de la Iglesia en la sociedad cubana cobró mayor dinamismo: se restablecieron las procesiones, cobró un nuevo impulso el diálogo entre los Obispos y el Gobierno, regresó el feriado de Navidad, algunos Obispos pudieron acceder a radioemisoras locales en días señalados, se flexibilizó la política de entrada de sacerdotes extranjeros al país, se eliminó de los textos de estudio del sistema de educación contenidos ofensivos a la fe cristiana y se acrecentó el intercambio, en la base, entre las estructuras de ayuda humanitaria eclesial y estatal.

Con la llegada de Raúl Castro a la jefatura del Estado, el diálogo entre la Iglesia Católica y el gobierno cubano entra en una fase cualitativamente superior debido a la multiplicación de los canales de comunicación entre ambos y por la diversidad temática que comienzan a tomar esos diálogos. Esta realidad creó el clima propicio que facilitó la intervención eclesial para el cese de los actos de repudio contra las Damas de Blanco y la liberación de los presos por motivos políticos.

- **Yolanda Prieto:** Una gran parte de la Iglesia Católica



Aurelio Alonso

en Cuba abrazó la lucha en contra del gobierno de Batista a finales de los años 50. Muchos católicos participaron en actividades revolucionarias en las ciudades y otros, incluyendo sacerdotes, se unieron a los rebeldes en las montañas de la Sierra Maestra. Al principio los Obispos respaldaron varias medidas gubernamentales como la Reforma Agraria, pero a la misma vez, sus pronunciamientos expresaban un grado de cautela. En enero de 1959, a la vez que hablaba de un apoyo a los rebeldes victoriosos, el arzobispo Enrique Pérez Serantes decía cómo le preocupaban las semejanzas entre la ley y las ideas de “los fieles y disciplinados seguidores de Moscú en Cuba.” La respuesta del Gobierno a las críticas de la Iglesia fueron moderadas al principio, pero los antagonismos seguían creciendo.

Es imposible en estas páginas detallar todos los acontecimientos que ocurrieron y que agudizaron las tensiones entre Iglesia y Estado en esos primeros años de la Revolución, pero algunos hechos merecen mencionarse. En esos años de conflicto, ser católico se convirtió en sinónimo de ser contrarrevolucionario, y ser revolucionario, más y más, suponía ateísmo. Estas etiquetas tenían un grado de verdad. Algunos católicos, entre ellos algunos sacerdotes, se involucraron en actividades insurgentes. Por otra parte, muchos revolucionarios cantaban consignas, y en algunos casos extremos, profanaron los templos. Tal vez el punto más serio de la confrontación entre Iglesia y Gobierno fue la expulsión de 131 sacerdotes y laicos en septiembre de 1961 después de una procesión que se convirtió en protesta anti-gubernamental. A la misma vez, el éxodo de católicos, especialmente hacia Estados Unidos, estaba desangrando la Iglesia en Cuba.

¿Cómo se han allanado estas tensiones para hacer posible la presente cooperación? Muchos estudiosos achacan el principio de la distensión entre la Iglesia y el Gobierno al trabajo de monseñor Cesare Zacchi como Embajador del Vaticano en La Habana. Su misión desde el principio fue dialogar y para ello siempre mantuvo abierta la comunicación con funcionarios gubernamentales. Su labor dio algún fruto. Detuvo el éxodo de sacerdotes, algunos sacerdotes que habían salido voluntariamente regresaron, los semina-

ristas que estudiaban en el extranjero volvieron después de ser ordenados. Se permitió la entrada de misioneros europeos al país, y se permitió que tres obispos cubanos asistieran al Concilio Vaticano II en 1962. Algunos sacerdotes y laicos católicos pudieron viajar al exterior para representar a la Iglesia en Cuba en conferencias y otros eventos. No quiere decir que todos los obispos y sacerdotes en Cuba estaban de acuerdo con la línea conciliadora de monseñor Zacchi. Al igual que muchos exilados cubanos, un número de católicos en Cuba, en el clero y entre los laicos, veían el acercamiento con el Gobierno como una humillación. Pero tal vez lo que hizo empezar a cambiar con mayor profundidad las actitudes entre los obispos cubanos fue su asistencia a la Reunión de Obispos de América Latina en Medellín, Colombia, en 1968 y después en Puebla, México. Los cambios en la Iglesia fuera de Cuba, especialmente en América Latina, se vieron reflejados en los documentos de los obispos cubanos. En uno denunciaron el bloqueo de Estados Unidos a Cuba como injusto, y llamaron a los católicos a dar “testimonio de Cristo en las condiciones concretas de nuestra comunidad nacional, nueva en el contexto latinoamericano.” A la misma vez, Fidel Castro dio un discurso en el Consejo de Iglesias de Jamaica en 1977 donde dijo que no había contradicciones entre los fines de la religión y los del socialismo. Después de esto, en 1985 habló abiertamente sobre estos temas en una entrevista con Frei Betto, un fraile brasileño. En 1991 se decidió que los creyentes podían ser miembros del Partido Comunista, lo que antes no había sido permitido, y en 1992, una reforma constitucional cambió a Cuba de un Estado ateo a un Estado laico. Aunque con altas y bajas, la atmósfera ha cambiado y la Iglesia, junto con otras organizaciones religiosas, ha ganado un espacio en la sociedad cubana.

Estos nuevos acontecimientos animaron a los católicos a reflexionar sobre su papel en la sociedad cubana. En 1986, el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), recogió un proceso, sin precedente, de cuatro años de reflexión sobre un gran número de temas que abordaban la preocupación de la Iglesia por la vida de los cubanos, incluyendo los que estaban fuera de la Isla. De este proceso de reflexión surgió una Iglesia más madura, capaz de asumir una mayor presencia en la sociedad. Todos estos acontecimientos han hecho posible el actual escenario de mediación de la Iglesia.

- **Armando Chaguaceda:** Me parece que Aurelio Alonso, en su libro *Iglesia y Política en Cuba*, ha hecho un análisis acucioso de las etapas y actitudes de los actores institucionales (Gobierno e Iglesia), que el conflicto abierto con contenidos anticomunistas y de ateísmo militante (décadas del 60 y 70), etapas de respeto y colaboración (años 80), nuevas escaramuzas (inicios del Periodo Especial) y la paulatina mejoría tras la visita del papa Juan Pablo II en 1998. El enfoque de este pensador marxista (que a grandes líneas comparto) puede ser complementado por visiones diversas desde la propia Iglesia, de párrocos e intelectuales cercanos a la misma, cuyos textos han aparecido en revistas como *Palabra Nueva*, *Espacio Laical* y *Vitral*. Ahí recomendaría

al lector rastrear los antecedentes de este proceso en curso y de incierto desenlace.

- **Aurelio Alonso:** Perdóneme si disiento, pues creo que lo esencial no radica en los “camino que han desandado las relaciones” sino en los que han andado. O en poner el énfasis en lo andado, sin lo cual no se desanda; el inmovilismo suele ser trágico. Salvo que me demuestren lo contrario, considero que corresponde a la Iglesia haber dado, en 1969, aquel primer paso orientado a destrabar la incomunicación, mediante dos pastorales, inesperadas entonces, de los obispos cubanos. En abril denunciaron «esta injusta situación de bloqueo que contribuye a sumar sufrimientos innecesarios y a hacer más difícil la búsqueda del desarrollo». Y en septiembre se completaba así el gesto de la Iglesia: «Hemos de aproximarnos al hombre ateo con todo el respeto y la caridad fraterna que merece una persona humana por el mero hecho de serlo. No debemos excluir la honestidad de su toma de posición, [...] ni debemos rehuir la colaboración en el orden práctico de nuestras realizaciones terrenales. [...] Hay un campo enorme de empeño común entre todas las personas de buena voluntad, sean éstos ateos o creyentes». Debió bastar aquel posicionamiento para zanjar el dilema «religión o revolución» al mostrar que tal dilema era, en pureza, inexistente.

¿«Desandaba» con ello o «andaba» la Iglesia, sus obispos, a través de tal iniciativa? En todo caso fue una decisión de excepcional relevancia. No creo recordar que la acogida desde la esfera política, Estado y Partido, exhibiera una comprensión explícita de la profundidad de aquel paso dado por los obispos católicos. ¿Fue acaso interpretada como una concesión de última hora de aquella Iglesia recargada entonces de ancianos? ¿Se vio poco oportuna en medio de la crisis del proyecto de desarrollo de la primera década, y ante la urgencia, visible ya, de buscar la entrada de Cuba en el bloque del Este, donde el confesionalismo ateo era un patrón ideológico? ¿Se pensó quizá que solamente trataba de «desandar»? Lo ignoro; no tengo las respuestas.

En fin, que el camino «andado», que es el que nos da las señales, no ha sido lineal; nunca lo es. Y sería un abuso de mi parte detenerme aquí en otras consideraciones sobre todo lo que caracterizó a las décadas siguientes. Habría mucho que decir, y obligado es también acreditarle en este camino a las altas esferas políticas el cambio de orientación adoptado en el IV Congreso del PCC, en 1991, y la Reforma Constitucional de 1992, que eliminaron el ateísmo confesional dentro del proyecto social cubano, favoreciendo una comunicación más plena.

- **Roberto Veiga:** La Iglesia Católica ha estado presente en Cuba desde sus orígenes –por supuesto que con luces y sombras-, pero con una importante presencia social, razón por la cual pudo intervenir de manera sustancial en la configuración de la cultura nacional. Esto, como es lógico, determina la existencia de un entramado de relaciones entre la Institución y la sociedad, lo cual siempre influirá en la relación con el Poder Público. No obstante, después del triunfo

de la Revolución, en la medida que el Gobierno se inclinaba hacia un modelo comunista y se tensaban las relaciones con la Iglesia, ella fue despojada de muchas de sus posibilidades sociales y esto “aparentemente” debilitó su relación con la sociedad. Digo que fue sólo “aparentemente” porque finalmente ese despojo y exclusión sirvió para aumentar la sensibilidad de la Iglesia para con el sentir del pueblo más sencillo. Lo que pudo ser un acto de hostigamiento se convirtió, a su vez, en una purificación que la acercó mucho más a la sociedad cubana.

Todo este camino tuvo un momento importantísimo de inflexión en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), celebrado en 1986, donde toda la Iglesia de la nación perfiló sus fundamentos y sintetizó su quehacer en nuestro contexto. El proceso que culminó en dicho evento tiene una enorme trascendencia y, por ende, durante muchísimo tiempo deberá ser bien estudiado por quienes se empeñen en conocer y/o asumir la fe católica en Cuba. De aquel momento trascendió una Iglesia muy, pero muy, evangélica y muy, pero muy, cubana; presente en Cuba, por Cuba y para Cuba; al servicio de todos, sin distinción. Ello determinó, en gran medida, que aumentara la relación de la Iglesia con la sociedad y su influjo en la misma. Considero tan importante el ENEC, que algunas veces me descubro sospechando que no es sólo un momento de síntesis de la historia vivida durante los años de la Revolución, sino de todos los siglos de su presencia en la Isla.

Esta realidad, como es de esperar, comenzó a modificar las relaciones entre la Iglesia y el Estado, aunque durante mucho tiempo esto fuera casi imperceptible y por medio de un proceso difícil –pues no podía ser de otra manera-. La Iglesia empezó a encarnarse cada vez más en la realidad social y cultural cubanas, con las implicaciones políticas que esto conlleva. Por esa razón, en algunos –o en muchos- momentos se generaron tensiones. Pero como siempre ocurre cuando las cosas son hechas desde un compromiso verdadero y noble, en medio de dichas crispaciones se iba tejiendo un entramado mutuo de reconocimiento, legitimación, comprensión y respeto. Es cierto que aún falta mucho por avanzar en este sentido, pero se ha llegado a un punto que ha hecho posible este momento de encuentro y aportación por



Roberto Veiga

el bien de Cuba.

Podemos encontrar algunos actos significativos por parte del Estado encaminados a revertir la conflictividad de la relación Iglesia-Estado-Sociedad en la publicación del libro *Fidel y la religión*, del año 1985; con el tratamiento que se dio a la cuestión religiosa en el IV congreso del PCC, en 1991; con la sustitución del Estado confesional ateo por uno laico, al ser modificada la Constitución de la República en 1992; así como con la respetuosa acogida de las autoridades al Santo Padre Juan Pablo II durante su visita a la Isla, en 1998.

Pueden continuar existiendo tensiones y puntos de vistas diversos, pero se ha ido consolidando un clima de confianza política, y esto es muy importante para poder marchar juntos en la solución de los múltiples problemas que aquejan a nuestra nación. En la concreción de este clima pudiera ayudar mucho la Iglesia a diferentes sectores de la nación cubana –por supuesto, si ellos estuvieran de acuerdo-. Esto, en mi opinión, es un desafío mayor en el camino para sanear la relación entre actores nacionales con criterios diferentes. La preocupación sincera y activa –desprovista de todo espurio interés político particular- por el bienestar social, así como la voluntad de consolidar un ambiente fundamentado en la confianza política, pudiera ser una clave para el modo de actuar de quienes apuestan por el encuentro, el diálogo y el consenso.

- **Arturo López-Levy:** La Iglesia Católica no es representante de todas las comunidades religiosas, pero su desarrollo en las últimas tres décadas es representativo del espacio recuperado por las congregaciones cubanas de fe tras la derrota y reversión del proyecto atea, que fue parte importante del comunismo cubano. Esa victoria de las comunidades religiosas, que es un triunfo de todo el pueblo cubano (incluso de los que practicaron la discriminación anti-religiosa), no fue resultado de la iluminación repentina del Gobierno a finales de los años 80. La restitución de la laicidad del Estado con las reformas constitucionales de 1992 se alcanzó a través de un activo, discreto y paciente trabajo pastoral conciliatorio adaptado a las condiciones de la sociedad cubana.

De enero de 1959 a la fecha, las complejas relaciones de las comunidades religiosas con el Gobierno han pasado por diversas etapas. En dichos períodos, el diálogo, la crítica, el enfrentamiento y hasta el silencio han estado presentes. El liderazgo de nuestras comunidades gestó desde finales de los años 60 una respuesta apropiada a la situación postrevolucionaria. Las comunidades religiosas reconocieron los beneficios que la Revolución trajo a los más pobres, desde el compromiso religioso iniciaron un diálogo crítico, pero respetuoso, con las autoridades, y cuestionaron los comportamientos autoritarios, la discriminación anti-religiosa y el intento comunista de imponer una educación atea.

A partir del IV Congreso del PCC y los cambios constitucionales de 1992, Cuba registró avances considerables en términos de libertad de religión, un derecho que actúa como multiplicador de otros como el de libertad de reunión, expresión y educación, entre otros.

Esa etapa, que tuvo un antes y un después en la visita

papal en 1998, parece subir ahora a un escalón superior, en el que el Gobierno se abre al diálogo con las congregaciones de fe sobre temas que no son sólo pertinentes a la labor religiosa, sino que afectan los valores e intereses de toda la sociedad. Más aun, en la era de la información y la noticia instantánea, el Gobierno no solo conversó con la Iglesia Católica el tema de las Damas de Blanco y los presos a liberar. Le confió a ésta la función de informar al mundo y a la población cubana sobre los resultados de ese diálogo en el que participó incluso la diplomacia española.

No creo que haya muchos precedentes de ese tipo de relación entre el Gobierno cubano, o incluso otros gobiernos comunistas, y una institución social fuera de su control, como es la Iglesia Católica. Sin embargo, vivimos tiempos diferentes y ese camino de diálogo, gradualidad y consulta, conviene a todos los actores participantes y otros que podrían incorporarse en el futuro.

- ¿Cómo valora usted esta mediación de la Iglesia que trajo como resultado la solución del problema de las Damas de Blanco, la suspensión de los llamados “actos de repudio” y la liberación de un grupo de presos por motivos políticos?

- **Lenier González:** Como ya he dicho, esta gestión realizada por la Iglesia Católica marca un hito importante en la historia nacional. No solo porque logró canalizar satisfactoriamente –en la medida que las circunstancias y posibilidades lo han permitido- un drama de profundo dolor humano que afectaba a los presos y sus familiares; sino también porque desde el sistema político se ha dejado una puerta abierta para que la Iglesia pueda intervenir en el futuro cuando las circunstancias nacionales así lo requieran. Hemos visto para qué ha servido –en la praxis concreta- el empeño eclesial de haber mantenido, contra viento y marea, su autonomía con respecto a los centros de poder que gravitan en el escenario nacional. La línea pastoral que ha defendido con valentía y estoicismo el cardenal Jaime Ortega durante tantos años (“la Iglesia no puede ser el partido de oposición que falta en Cuba”), ha comenzado a dar sus primeros frutos para bien de toda la nación.

Además, resultan interesantes las posiciones asumidas a lo largo y ancho de todo el espectro político cubano ante esta gestión desplegada por la Iglesia. El hecho ha venido a tensar nuestro ya polarizado escenario nacional. Además, permitió que emergieran a la esfera pública, con mayor nitidez, las agendas particulares de los diferentes actores políticos implicados. Llamativa ha sido la reacción de algunos líderes de la disidencia interna, pues han sido ellos quienes con mayor virulencia han reaccionado contra el Episcopado nacional. Este posicionamiento ha venido a ahondar la crisis y el aislamiento que vive ese sector opositor dentro de Cuba. Esa crisis desborda la férrea política de contención que sobre ellos ha impuesto el Gobierno cubano –que precisamente provocó en 2003 el envío a prisión de muchos

de sus miembros-; y está relacionada con la carencia de un proyecto político estructurado, por haber estado al margen del debate nacional sobre los destinos de la nación, por no haberse percatado que el ciberespacio emergía como la plataforma por excelencia de debate y acción política dentro de Cuba (como ha ocurrido en los últimos cinco años), por estar desconectados de los nuevos actores que han emergido en la sociedad civil, por subvalorar la capacidad de generar consenso que aun tiene el gobierno cubano, y por su cuestionada relación con políticas que se diseñan fuera de nuestras fronteras geográficas.

- **Yolanda Prieto:** La mediación de la Iglesia en la situación de las Damas de Blanco, los mítines de repudio y la liberación de presos es una consecuencia lógica de su misión pastoral. La Iglesia ha querido promover la reconciliación entre cubanos y sobre todo contribuir al justo trato de aquellos que sufren. La Iglesia ha conseguido, en su diálogo con el Gobierno, que cesaran de hostigar a las Damas de Blanco, que se suspendieran los mítines de repudio, y que se liberara a un grupo de presos por motivos políticos. Me parece que, desde cualquier óptica que se mire, la acción de la Iglesia debe medirse por los resultados, todos positivos.

Sin embargo, la lluvia de críticas en el exilio, y hasta dentro de Cuba, no se hizo esperar. Muchos en Miami criticaron al cardenal Ortega y a la jerarquía de la Iglesia en Cuba y los catalogaron como cómplices del Gobierno. Dicen que no hace falta una mediación de la Iglesia pues el Gobierno es quien va a decidir si suelta a los presos o no. Los que así piensan, están convencidos que el Gobierno está utilizando a la Iglesia para sus fines, y que la Iglesia, o ingenua o servil, le sigue el juego. Un periodista en Miami llegó a escribir que prefiere “una Iglesia perseguida, acosada y destruida pero digna, que una Iglesia cómplice.” Mas en Miami también se oyen otras voces, en los medios y entre la gente en la calle. Un cubano entrevistado en uno de los canales latinos locales calificó de “muy positiva la mediación de Ortega en estos problemas.” Un lector que escribe una carta a *El Nuevo Herald* señala la capacidad del cardenal Ortega para asumir la complejidad política de la mediación, además de la gestión humanitaria. “No creo, como algunos, que el Cardenal sea un simple recadero de Fidel y Raúl. Es un hombre demasiado hábil y sagaz como para dejarse manipular burdamente o servir de *corveidile*. Nunca he dudado de sus buenas intenciones al intervenir a favor de las Damas de Blanco y los prisioneros políticos. En vez de insultarlo groseramente, deberíamos monitorear sus gestiones con atención y leer este protagonismo a la luz de nuestras propias deficiencias.”

En Cuba también se criticó la gestión de la Iglesia. Un grupo de disidentes firmaron una carta dirigida al papa Benedicto XVI reclamando que la mediación de la Iglesia no los representaba a ellos. Se quejaban de que habían sido excluidos de las negociaciones. En una nota de prensa, el Arzobispado de La Habana respondió a la carta señalando que “cuando la Iglesia aceptó la misión de mediar entre los familiares de los presos o las Damas de Blanco y las autori-

dades cubanas, sabía que esta mediación podría ser interpretada de las más disímiles maneras y provocar diversas reacciones: desde el insulto y la difamación, hasta la aceptación y el agradecimiento. Permanecer inactiva no era una opción válida para la Iglesia por su misión pastoral... Esto es algo que conoce muy bien el papa Benedicto XVI. [Como dijo] el padre Federico Lombardi, portavoz de la Santa Sede: “El papel crucial asumido en el proceso de diálogo cubano por el cardenal Ortega Alamino y por monseñor Dionisio García, presidente del episcopado, ha sido posible por el hecho evidente que la Iglesia Católica está profundamente arraigada en el pueblo y es intérprete atendible de su espíritu y de sus expectativas.”

- **Armando Chaguaceda:** Solo quienes reúnan una mezcla perversa entre intolerancia -de cualquier signo ideológico-, irresponsabilidad e insensibilidad ante la vida ajena pueden desear el fracaso, en toda su línea, de la actual mediación. Una cosa es señalar la lentitud y aparentes incoherencias del proceso excarcelatorio (con salidas paulatinas de pequeños grupos y el destino incierto de aquellos que decidieron no abandonar su país) y otra acusar de “complicidad” a la Iglesia por estos proceder. Ciertamente creo que se debe acelerar la salida de los reclusos y, además, garantizar públicamente (mediante comunicado de las autoridades o a través del portavoz eclesiástico) el derecho de los excarcelados a permanecer en su país, evitando cualquier equiparación de las salidas con formas de destierro. Pero hay que, además de apoyar la actitud de la Iglesia y reconocer la voluntad gubernamental en este sentido, procurar que este sea un primer paso para un necesario proceso de diálogo y reformas dentro de la sociedad y el sistema político cubanos, que acometamos sin exclusiones ni injerencias de potencias extranjeras.

- **Aurelio Alonso:** Espero no equivocarme si afirmo que valoro esta mediación como un verdadero hito de entendimiento, no limitado al respeto mutuo como médula de eso que suele llamarse normalidad en las relaciones, sino centrado, ya en alguna medida, en el diálogo genuino, el que pone a cada interlocutor en la capacidad de escuchar las razones y la perspectiva del otro, de interiorizarlas y de concederles crédito desprejuiciadamente. El «otro» puede tener en muchas ocasiones la razón. Aún cuando no tenga toda la razón, una parte de la razón. No hay motivo para que ninguna de las posiciones considere que la verdad le pertenece por entero. Ni siquiera que crea que la diferencia entre una posición abierta y la intolerancia radica en la opción por «persuadir» en lugar de la opción de «imponer». El diálogo tiene que ir más allá, mucho más allá, porque no se trata de una diferencia cuantitativa sino cualitativa: reconocer la verdad del otro y aprender a asumirla. Y que el otro actúe, por supuesto, en consecuencia. De no existir dos voluntades en correspondencia no hay diálogo posible. Tampoco podemos verlo como la panacea, sino como algo que está siempre en peligro de ser entorpecido desde cualquiera de las partes, cuya racionalidad se hace necesario defender como una constante.



Arturo López-Levy

Digo que las mediaciones implementadas por el cardenal Ortega, cuya sensatez y serenidad de juicio hay que aplaudir, y creo que, justo es decir, por una Iglesia que piensa de manera más madura su realidad social, marcan un hito porque propician salidas válidas a una problemática compleja y actual.

- **Roberto Veiga:** La llamada mediación de la Iglesia ha constituido un acto evangélico –muy pastoral- que busca, en la medida de lo posible, atenuar el sufrimiento de un grupo de cubanos que se encontraban en prisión, y de sus familiares. No intenta legitimar ni al Gobierno ni a la oposición. Es un desempeño que pretende aumentar la armonía, por medio del cual se benefician muchos: los afectados que ya mencioné; el Estado que muestra la fortaleza de solucionar los conflictos con la altura humana necesaria y hasta la Iglesia, por demostrar su capacidad como facilitadora de paz.

Ha sido un hecho muy importante que expone una realidad novedosa, donde las autoridades cubanas aceptan la metodología del diálogo y de la comprensión e incluyen a otros actores nacionales en la búsqueda de soluciones a problemas del país. Esto puede ser un signo altamente positivo y alentador. No obstante, existe determinado cuestionamiento a este proceso por parte de determinados sectores.

Algunos cuestionan la salida del país de quienes están siendo liberados y alegan que, dada esta realidad, podría ser un proceso de deportación. Es verdad que el traslado hacia el exterior puede ser beneficioso para el Gobierno, porque aleja de su entrono a activos opositores, pero también puede

ser ventajoso para quienes están muy dañados por largos años de encierro y, como algo excepcional, conservarán sus propiedades en Cuba. Pero además, es necesario tener en cuenta la libertad personal de quienes, sin coacción –y esto lo puede garantizar la Iglesia-, han decidido aceptar la salida hacia el extranjero y que, además, esta posibilidad surgió como una propuesta de los familiares de los mismos presos.

Ciertos opositores también se quejan de que la Iglesia no haya incluido en su agenda una conciliación con el gobierno cubano de los intereses de la nombrada disidencia pacífica y de sus llamados compatriotas del exilio, como la única solución para resolver los asuntos nacionales. Esa fórmula política de arreglo entre estas únicas partes es una simplificación de la solución a los problemas que demanda la realidad cubana. Nuestra sociedad es mucho más rica en matices, actores sociales y propuestas. Pero además, para que cobre vida un proceso de “conciliación” entre cubanos se hace imprescindible que los actores políticos implicados se impongan el diálogo y renuncien a pretender aniquilar al otro. Y, desgraciadamente, estas no son las posturas que prevalecen en el sector de la oposición que hace tal reclamo a la Iglesia.

Asimismo, se han empeñado en inclinar el triunfo de estas liberaciones a favor de la metodología política de la presión y aclarar que no es producto de una posible dinámica de apertura y comprensión. En mi opinión, este gesto del gobierno cubano es el resultado de un proceso complejo que desde hace tiempo se viene gestado, gracias a varios actores que decidieron conducirse con limpieza. Por supuesto que, teniendo en cuenta la complejidad del proceso, no descarto alguna influencia por parte de quienes presionan, pero estoy seguro que sin la incorporación de cierta apertura y comprensión no hubiera sido posible encaminarse hacia una solución del problema. La presión ha estado presentes por más de 50 años, sin lograr cambiar nada.

Sin embargo, ahora se ha incorporado un nuevo elemento al desempeño político de la nación: la altura de espíritu. Este se ha venido encarnando poco a poco en muchos cubanos que de alguna manera influyen en la creación de la opinión y de la voluntad social, en ciertos actores del Estado, en algún que otro opositor, y en la Iglesia Católica, por sólo citar a sujetos nacionales. Es de suponer entonces que este elemento nuevo, o sea, la altura de espíritu, puede ser lo que realmente modifique el panorama nacional y abra las puertas a una verdadera transformación.

Esta actitud debió haber sido asumida por las débiles organizaciones políticas que se oponen al Gobierno. Estas tienen un gran reto si se estableciera en Cuba una dinámica de diversificación de la sociedad política, pues muchísimas de ellas –tal vez con la excepción de unos pocos actores- están perjudicadas por vicios que atentan contra su legitimidad. Entre estos se pueden encontrar: que pudiera ser lícito tener relaciones intensas con cualquiera, pero –en nuestro caso- no es correcto ser opositor y mantener estrechos vínculos con sectores de poder en Estados Unidos; carecer de un programa universal que ofrezca perspectivas y certidumbres; no considerarse como un complemento político de quienes ejer-

cen el poder, sino como quienes deben destruirlos, estimulando así una dinámica de guerra que dificulta el establecimiento de una metodología democrática de relación-tensión; así como desplegar su quehacer a partir de una relación más intensa con los actores sociales del país y no tanto con determinados círculos en el extranjero.

No faltan quienes sostengan la posibilidad de prescindir de una conducta fundamentada en la altura de espíritu que conduzca hacia un diálogo entre todos, porque para ellos lo lícito sería derrocar al Gobierno. Si por lícito entendemos lo que sostienen las mejores filosofías jurídica y política, o sea, que lícito es aquello consensuado y/o aceptado por la comunidad, entonces tal tesis no podría disfrutar de dicho calificativo. La Revolución continúa gozando de cuotas de legitimidad y por ende del respaldo de sectores sociales, aunque en muchos casos ellos mismos la critiquen. El pueblo real, ese que trabaja y sufre, al cual debemos tener en cuenta a toda costa porque constituye la verdadera Cuba, prefiere cambios, mejorías, pero sin que hayan nuevos derrotados. En tal sentido, para ser consecuentes con el bien del país, hemos de despojarnos de nuestras percepciones y prejuicios particulares, y valorar al máximo los verdaderos anhelos de aquellos a los cuales decimos estar dispuestos a servir.

- **Arturo López-Levy:** Si como se espera, el 7 de noviembre, cumplidos los cuatro meses anunciados, todos los presos de la primavera de 2003, incluyendo aquellos que desean permanecer en el país, son liberados, sería una victoria de Cuba, del Gobierno, de las Damas de Blanco, y por supuesto, de la Iglesia y de los que, católicos o no, acompañamos su gestión.

Los Obispos han definido acertadamente su relación con el gobierno no en términos de “alianzas”, sino como interlocutores en la reconciliación nacional, que como han dicho, es un proceso, no es un hecho separado o eventual. La función mediadora de la Iglesia Católica es justamente alentar y gestionar ese proceso de modo tal que la solución del tema de los presos cree condiciones en las que dinámicas constructivas de paz y tolerancia tomen impulso, permitiendo abordar otros temas, quizás más difíciles.

El rol mediador de las comunidades religiosas es hacer avanzar procesos de comunicación, diálogo y negociación; reducir los conflictos al proveer un tercer actor que permite a las partes hacer compromisos y concesiones, partiendo de criterios no partidistas de humanidad y justicia, como son los Derechos Humanos recogidos en la Declaración Universal. En esta etapa inicial, el logro mayor de la mediación sería el hábito discreto a un diálogo franco, serio y de respeto entre los diferentes actores. El hecho de que tanto las autoridades como sus opositores sientan que su posición ha mejorado, siendo los conflictos menos virulentos, es un logro intangible pero tan importante como los resultados concretos. La liberación de los presos de la primavera de 2003 debe ser el inicio y no el final del proceso facilitador para que ocurran los “cambios buenos”, “los cambios necesarios” que con estabilidad política, gradualidad y orden, pero “con prontitud” convienen al pueblo cubano.

- ¿En qué otros aspectos problemáticos del acontecer nacional podría actuar la Iglesia Católica de cara a nuestro presente? Y en el caso de actuar, ¿cómo podría hacerlo?

- **Lenier González:** Creo que la meta más ambiciosa que podría proponerse la Iglesia Católica en Cuba es contribuir a la normalización de la vida en el país. Esa normalización pasa por la creación de un clima nacional de entendimiento y de aceptación del “otro”, que busque revertir la lógica del aniquilamiento del adversario, que ha primado desde hace tanto tiempo en los imaginarios políticos oficial y de oposición. La Iglesia debe facilitar la consolidación de este clima, pero para ello necesita del concurso de todos los actores nacionales. Su actuación entonces, abarcaría el abanico inmenso de asuntos que atenten contra este propósito general. La Iglesia debe seguir siendo fiel al mandato de su Maestro y Señor: predicar el Evangelio del Amor a todos los cubanos. Propiciar la consolidación e institucionalización de la presencia del hecho religioso católico dentro de la sociedad cubana, con su propuesta antropológica siempre nueva, es la mejor manera que posee la Iglesia de contribuir al presente y al futuro de Cuba.

- **Yolanda Prieto:** La Iglesia Católica en Cuba ya ayuda a solucionar problemas en la sociedad cubana, especialmente atendiendo las necesidades de los grupos más vulnerables de la población. Es bien sabido que las monjas católicas trabajan asiduamente en los asilos, lo cual, desde hace mucho tiempo, ha gozado del respeto del mismo Fidel Castro. La Iglesia también mantiene comedores en muchas iglesias para ancianos y otros necesitados. Con la ayuda de Caritas, la organización internacional católica que provee servicios sociales y ayuda a los pobres, así como de donaciones internacionales, la Iglesia distribuye medicamentos a los necesitados. La Iglesia debe continuar fortaleciendo esta misión de asistencia social.

Hay otras áreas problemáticas del acontecer nacional donde la Iglesia pudiera actuar, e incluso ofrecer su liderazgo. Muchas familias cubanas, como en otras partes del mundo, sufren separaciones, ya sea por la emigración, el divorcio, la muerte. Si bien es cierto que la familia extendida es mucho más beneficiosa que la familia nuclear cuando ocurren estas separaciones, en el caso de Cuba, las dificultades económicas y el grave problema de la vivienda, hacen la vida familiar muy tensa a veces. En situaciones como éstas a menudo surgen casos de violencia doméstica. La Iglesia pudiera establecer programas de visitas familiares, ayudar materialmente con lo que sea posible, y sobre todo implementar cursos de educación familiar. En cuanto a este último punto, sería importante abordar el tema del aborto, el cual se ha convertido en un abusado método anticonceptivo. Además de las razones religiosas, el uso excesivo de esta práctica puede tener repercusiones físicas y emocionales a largo plazo. También sobre el tema de la familia, es importante

recordar las necesidades específicas de las madres solteras.

Otra contribución de la Iglesia a la sociedad cubana puede ser la ayuda en la recuperación de valores perdidos. No es secreto para nadie que muchos cubanos se quejan de cómo se ha perdido el sentido moral, ético en las relaciones interpersonales y en la actitud sobre el trabajo, sobre los buenos modales, el respeto al individuo, tan necesarios para el desarrollo de una sociedad saludable.

Por último, la Iglesia puede continuar contribuyendo, pues lo ha hecho siempre, a la unidad nacional. Inspirada por la devoción a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de todos los cubanos, dentro y fuera de Cuba, la Iglesia llama a la unidad bajo el manto de la Virgen Madre. En este caso, también la Iglesia puede asistir en el acercamiento entre los cubanos de fuera y los de adentro.

Pero para ayudar a las familias cubanas, para influenciar en una recuperación de valores, para contribuir a la unidad nacional, entre otras cosas, la Iglesia necesita de un reconocimiento institucional más fuerte en la sociedad cubana. Es cierto que recientemente a la Iglesia se le ha permitido transmitir programas, homilias, misas, por la televisión nacional, pero la Iglesia necesita más participación positiva para llevar a cabo su labor. Como expresara un editorial de la revista *Palabra Nueva*, del Arzobispado de La Habana, “Los cubanos aspiramos a más desarrollo y más oportunidades, y para un desarrollo integral se necesitan menos restricciones a las libertades individuales y colectivas... [No hay] argumentos que den razón del exceso de enfermizos controles burocráticos.”

- **Armando Chaguaceda:** Señalo tres de forma concreta y sucinta. Uno, que he destacado otras veces y en el cual esta revista ha hecho un aporte invaluable, es la contribución a la constitución y sostenimiento de una verdadera esfera pública, beligerante y plural. El publicar en *Espacio Laical* me ha permitido comprender cómo incluso una institución

**Valoro esta mediación
como un verdadero hito
de entendimiento,
centrado en el diálogo
genuino, el que pone a
cada interlocutor en la
capacidad de escuchar
las razones y la
perspectiva del otro,
de interiorizarlas y
de concederles crédito
desprejuiciadamente.**

jerárquica y dotada de sólidos dogmas como la Iglesia Católica no necesariamente tiene que imponer o permear con su discurso a todos los actores que con ella se relacionan o subordinan. He podido también conocer la gestión democrática de un Consejo Editorial, ajeno a los despotismos ilustrados y la suerte de encomiendas feudales que se instauran con demasiada frecuencia en los espacios y publicaciones de la Ciudad Letrada a nivel global y local. Y creo que lo más importante ha sido constatar cómo en esta revista pensadores cristianos, liberales o quienes -como es mi caso- profesamos un socialismo libertario y un enfoque marxista crítico, pueden asumirse públicamente como tal -algo ausente en buena parte de los espacios culturales de la Isla- y dialogar entre sí, con civismo y respeto.

Otro tema polémico, pero urgente, en el cual la Iglesia puede ayudar es en la legitimación simbólica -y la consecución práctica- del discurso y las políticas acerca de los Derechos Humanos en nuestro país. Los Derechos Humanos pueden definirse como conjunto de derechos básicos que definen la condición de la persona y su dignidad como tal, son formas jurídicas y culturales que evolucionan en dependencia del contexto, la militancia, los valores y cosmovisiones del sujeto y su sociedad.

Sobre este tema existe un analfabetismo general en la población y los funcionarios cubanos, motivado por la cultura política tradicional, autoritaria y estadocéntrica, que nos viene de la colonia y que se ha visto reforzada por la ideología del socialismo de Estado, y por el rechazo gubernamental y popular a la injerencia imperialista y sus campañas en torno al tema de los Derechos Humanos en la Isla. Lo cierto es que en Cuba abundan los Derechos del Estado, ya que cualquier funcionario tiene amplias potestades discrecionales para decidir en asuntos que afectan la vida de un ciudadano (incluso sin realizar esta oposición política alguna). Pero la gente carece de tradiciones e instituciones para materializar un Estado de Derecho, que garantice un acceso justo y equitativo a sus derechos.

La Iglesia puede ayudar en el definitivo abandono de prácticas denigrantes como la organización gubernamental de actos de repudio, que ni representan actitudes populares espontáneas ni sirven para otra cosa que lesionar la imagen internacional del país y la integridad humana de víctimas y victimarios. Puede insistir en el reconocimiento legal del activismo ciudadano en ese campo, evitando tanto la invisibilización mediática y la represión estatal, como su manipulación subversiva por poderes extranjeros. Y conseguir que el tratamiento público de los Derechos Humanos en la Isla no siga obviando la variable claramente emancipadora de un fenómeno que emerge en nuestro continente como resultado de la oposición a las dictaduras de Seguridad Nacional y las injusticias sociales del neoliberalismo, lucha que lleva en su panteón a mártires cristianos como monseñor Oscar Arnulfo Romero y el padre Ignacio Ellacuría.

Para terminar, creo que la vocación, recursos y experiencia de entidades de asistencia social como Caritas -reconocidas por las autoridades cubanas- serán cruciales ante un escenario de envejecimiento poblacional, reducción de la

mano de obra y declive de las capacidades del Estado para sostener políticas sociales universales y de calidad. No se puede dejar solas a las autoridades en ese rubro emblemático de los logros de la Revolución, y complementar su labor -junto a otras organizaciones de la sociedad civil- puede ser buena muestra de la responsabilidad y el compromiso de la Iglesia Católica, no solo para con sus fieles, sino para con todos los compatriotas que habitan esta hermosa Casa Cuba.

- **Aurelio Alonso:** Adelantarse a la realidad, especular sin elementos suficientes, suele resultar un ejercicio, cuando menos, de utilidad discutible. Y si los que te leen o te escuchan te toman en serio, peor. No critico a quien se sienta en condiciones de hacerlo, y reconozco que en ocasiones se acierta. Pero no quisiera aventurarme ahora a enumerar temas puntuales. Sin embargo, me atrevo a responder, de todos modos, afirmativamente, en el plano genérico. Van a aparecer otras oportunidades. Tengo la esperanza de que lo que ha sucedido, y ha sido objeto de este *dossier* de *Espacio Laical*, no quede reducido a un dato episódico o coyuntural, y no voy a repetir apreciaciones que de algún modo están en mis respuestas anteriores. Pero en lo que se refiere a la cooperación en la solución de conflictos, así como en la construcción conjunta de espacios compartidos, cuando se remonta el enfrentamiento, real o virtual, de puntos de vistas, y se logra un avance práctico en objetivos esenciales, aparecen las oportunidades. Me atrevería a decir que la primera muestra de lo que afirmo, en este medio siglo de proyecto socialista en Cuba, marcado en sus inicios por un desencuentro entre Iglesia y Estado que, por momentos, muchos creyeron insalvable, lo encontramos en la asistencia a la terrena edad en los asilos manejados por congregaciones religiosas. Después han tenido lugar otros acercamientos loables, aunque ninguno de la trascendencia práctica del que estamos viviendo.

La sociedad cubana comienza, justo ahora, una dinámica acelerada de cambio socioeconómico, de los cuales solo tenemos ante nuestra vista, con claridad, los trazos del diseño de partida. Pero se haría ilusorio creer que ya podemos predecir los efectos, las incongruencias, las medidas rectificativas que habrá que implementar, las preventivas para evitar que el corto plazo trastorne el curso estratégico, o que un triunfalismo prematuro obstaculice la coherencia del proceso. Y en el cuadro de las relaciones humanas, de las garantías de bienestar, de la protección de los valores morales, de la institución de la familia, y desde luego de la consideración de las propuestas propias que desde la fe puedan ser aportadas, seguramente van a aparecer muchas aristas en las cuales encontrar iniciativas de una cooperación entre la Iglesia y un Estado, cuya condición laical se conforma bajo el signo de paradigmas que, al margen de la flexibilidad que alcancen, se mantienen enrumados al socialismo.

Creo que en el plano de las relaciones internacionales, y de manera consecuente con la postura manifiesta desde 1969, la Iglesia va a contar con la posibilidad de desempeñar un papel en la búsqueda de un cambio efectivo en

la intransigencia que ha caracterizado hasta nuestros días a la política de Estados Unidos hacia Cuba. ¿Qué estará en condiciones de hacer y cómo? Ni siquiera es una pregunta que me formulo ahora, y hasta pienso que hacerlo podría ser irrespetuoso de mi parte. La Iglesia seguramente lo va a descubrir en el camino.

- **Roberto Veiga:** Sería bueno para la nación que la Iglesia pudiera actuar, repito: desde su naturaleza institucional, en la solución o mejoría de otros aspectos problemáticos de nuestro acontecer. Entre estos pudieran encontrarse: la mejoría de las relaciones con todo el mundo y en especial con Estados Unidos -en lo cual también viene trabajando la jerarquía eclesial-, replantear la cultura antropológica del cubano -algo a lo que toda la Iglesia le dedica mucho, pero carece de los espacios y medios requeridos para lograr el alcance que demanda la realidad-, refundar las estructuras económicas, así encontrar el mejor modo para promover las actitudes necesarias con el propósito de que cada cubano pueda expresar sus opiniones y procurar siempre el consenso entre todos.

Pienso que la Iglesia Católica en Cuba debería asumir tal reto desde una actitud de facilitadora, más que como mediadora, aunque también pueda ejercer la mediación en determinados casos. Dada nuestra realidad, la Iglesia tendría más bien que ayudar a cada cubano, a cada grupo, a cada parte, para que llegue a ser capaz de aceptar al otro y concederle el espacio que merece, así como auxiliar a todos para que logren una reflexión compartida y cincelen la mejor forma de ir integrándose gradualmente de manera inclusiva y armónica.

- **Arturo López-Levy:** En este tema prefiero empezar por la cuestión del “cómo”, que aparece al final de la pregunta, pero que no es secundario. Una de las mayores contribuciones de la Iglesia Católica y las comunidades religiosas a la sociedad cubana de las últimas décadas ha sido la forma conciliatoria de promover sus valores, ideas e intereses. Al centro del proceder discreto y de expansión gradual de libertades promovidos desde las comunidades religiosas está la humildad de dialogar con quienes piensen diferente con conciencia de que todos tenemos límites, que podemos estar equivocados, que Dios no comulga con los corazones con soberbia, aquellos que la Biblia y los profetas de Israel llamaron “corazón incircunciso”.

Nuestras religiones son claras en cuanto a que el compromiso y la negociación no son posibles en ciertas áreas de principio. Por eso, miles de padres y abuelos resistieron la inquisición atea y hubo cubanos de todas las religiones que, salvando las diferencias, como los judíos expulsados de España en 1492, prefirieron emigrar antes que aceptar el monopolio de una forma de pensar. Por principio patriótico, la independencia de la nación cubana y su estatus soberano no son negociables. La Iglesia y la sociedad civil cubana deben seguir tratando como ilegítimo cualquier proyecto político que acepte la lógica plattista por la cual el Congreso o el gobierno norteamericano se adjudican potestades sobre

**Sólo quienes reúnan
una mezcla perversa
entre intolerancia
-de cualquier
signo ideológico-,
irresponsabilidad
e insensibilidad
ante la vida ajena pueden
desear
el fracaso de
la actual mediación.**

temas que caen estrictamente bajo soberanía cubana, como quién puede o no puede ser presidente de nuestro país o qué tiempo, secuencia y prioridad son necesarios para atender injusticias históricas.

Pero cada diferencia de opinión no es una diferencia de principios, desestabilizadora o subversiva. Nuestras congregaciones religiosas deben continuar dando ejemplos a toda la sociedad cubana de una cultura institucional en la que el disenso de **oposición leal** es bienvenido y distinguido de la apostasía y la subversión. El ideal de que la democracia “es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”- como dijo Abraham Lincoln y gustó repetir tanto al ex presidente Fidel Castro- es la premisa de partida, no el final de un sistema integral de Derechos Humanos, que requiere la institucionalización de los derechos individuales, la protección de las minorías y el imperio de la ley.

Las comunidades religiosas están llamadas a jugar un papel en la discusión actual sobre una economía sustentable en términos ecológicos, solidaria y fraterna en relación con los más desfavorecidos, y curadora de nuestras divisiones nacionales. La Iglesia tiene una experiencia y cultura que combina solidaridad con subsidiariedad, que admite la legitimidad de los intereses individuales y la importancia de ser eficientes sin conceder espacios innecesarios al utilitarismo irracional y los fundamentalismos estatistas o de mercado, igualmente ajenos a la trascendencia humana. La Iglesia tiene los espacios y una doctrina social propicios para debatir una reforma económica que incluya un componente de reconciliación nacional, que discuta formas óptimas para abrir el país a la inversión de los cubanos, vivan dentro o fuera del país, mientras empodera a los pobres (por los cuales tiene una opción preferencial) como sujetos con autonomía humana para ser protagonistas, no víctimas, de la economía global.

Los cubanos de la segunda década del siglo XXI tenemos naturalmente diferentes percepciones, ideas, valores e intereses porque nuestras experiencias han sido diversas. Para seguir concibiéndonos como una comunidad nacional, es imprescindible un diálogo inter-generacional sobre el pasado, el presente y el futuro de la patria. Las comunidades religio-
Espacio Laical 4/2010

sas, a las que concurren cubanos de todas las edades, tienen la responsabilidad de promover una reflexión nacional sobre cuáles obligaciones morales tenemos los cubanos de hoy hacia aquellos a los que legaremos un país; cuáles deberes tenemos con las víctimas de injusticias históricas cometidas en nuestro país en pos de hacer cicatrizar las secuelas dejadas a sus descendientes. Es importante ir más allá de esas injusticias y atender las desigualdades actuales de poder, participación y acceso al progreso en términos de las comunidades en la Isla y la diáspora, las regiones del país, y los grupos desfavorecidos en términos de raza y género.

La historia de la Iglesia Católica en Cuba combina importantes momentos de humildad y autocrítica ante sus comportamientos intolerantes, con períodos en los que fue víctima de la intolerancia de otros. Desde esa memoria institucional la Iglesia Católica es un actor privilegiado para aportar una disciplina de reconciliación (parcial, imperfecta, en diverso grado) en la que la historia y la realidad cubanas son abordadas sin apologías ni superficialidades, pero tampoco con hipercriticismos. Madurar como nación implica que los cubanos de hoy estudien, no reediten los conflictos históricos.

Cuba es cada día una sociedad más plural, transnacional, con visiones complejas y diferentes. Sus conflictos no deben ser ignorados o reprimidos sino regulados en una competencia constructiva. Para que esto sea posible es importante crear estabilizadores institucionales y una disciplina del diálogo, donde las mayorías predominen en un contexto en el que las minorías leales son respetadas. En este aspecto, las comunidades religiosas cubanas tienen mucho que aportar como configuradores de una agenda de discusión que formule las preguntas que tocan. Aunque la denuncia es pertinente, más importante es el **anuncio** de estructuras de solidaridad.

